

IX

Todo sonreía á su fortuna, cuando su hijo mayor Moktar, á quien confiaba el gobierno durante su ausencia, exasperó su cólera y sospechas por su amor á una jóven y bella griega de Janina. Alejando este á su hijo so pretexto de mandar una expedicion para Tesalia, penetró por la noche en casa de su querida Eufrasina, abrumada de terror y la manda llevar cargada de cadenas, á los calabozos de su serrallo con otras quince jóvenes de las principales familias de la ciudad, que pasaban por tener relaciones criminales con sus hijos, precipitándolas al dia siguiente en el lago. La sangre de los griegos corrió además por torrentes en sus provincias; su mujer Eminé, se arroja á sus piés para implorar el indulto de los griegos inocentes, pero Alí la llena de improperios y tirando á la pared un pistoletazo, aterra de tal manera á su mujer que la misma noche murió. Esta vez sintió hondamente las consecuencias de su furor, no habiéndose perdonado nunca la muerte de la madre de sus hijos, primera autora de su fortuna.

X

Dispensando políticamente su apoyo, unas veces al divan, otros á los genizaros, durante las largas luchas entre estos y el sultan, avanzó á las puertas de Andrinópolis con ochenta mil hombres. Mucho se temian ambos partidos, pero también él los temia, y así es que no quiso entrar en Constantinopla, contentándose con protestar de su constante fidelidad al trono, pero fortificando al mismo tiempo su capital, desde donde reinaba en la Grecia alternativamente contemplada y diezmada. A la menor señal, los jefes del Peloponeso que le parecian demasiado populares, caian bajo las balas ó yataganes de sus arnautas.

En medio del incendio de un pueblo griego, llamó y cautivó tanto su atencion una niña de doce años, llamada Vasiliké, que le suplicaba de rodillas salvase á su familia, que la hizo levantar, conducir á Janina, educar en su haren, casándose al fin con ella.

Tenia entónces unos sesenta años, pudiendo decirse que se hallaba en la cúspide de su fortuna. Una parte de sus tesoros, hábil y secretamente distribui-

dos en Constantinopla por los agentes que los bajás tienen en la corte, le conservaba el favor de los visires y sultanes. Sus dos hijos, Velí y Moktar, desempeñaban los gobiernos secundarios de la Morea, Macedonia y Tesalia. Todo el Peloponeso estaba entre las manos de una familia, cuyo jefe intrépido, absoluto y misterioso hacia esperar ó temblar á ambas razas, desde lo alto de sus fortalezas y montañas, y negociaba además en el Adriático con franceses é ingleses, sirviéndose de la fuerza de todos contra todos.

Sin embargo convencido el sultan Mahmoud de la necesidad de estirpar aquel apoyo de insurreccion que le presagiaban todos los rumores de sus poblaciones griegas, decidióse por fin con toda la energía de su carácter, á hacer una guerra abierta á Ali-Bajá, ménos ruinoso, segun él, para su imperio, que las contemporizaciones ambiguas que dejaban estenderse á la rebelion. Sus ejércitos, mandados por sus bajás mas decididos y belicosos, bloqueaban hacia dos años á Ali-Bajá, estrechando cada vez mas el círculo de las ciudades y fortalezas en las cuales se había encerrado. Tranquilo empero Ali detrás de sus lagos, desfiladeros y fortificaciones, afectaba, en medio de la lucha con su amo, el respeto de un esclavo fiel y mal juzgado, ora vencedor, ora vencido,

entreteniendo y corrompiendo siempre á los visires y bajás que le combatian. No sabiendo los griegos la suerte definitiva de aquel árbitro de su libertad, considerábanle unas veces como el esterminador, otras como el Macabeo de su raza.

XI

Las proclamaciones y emisarios de Ypsilanti habían dado en el Peloponeso la señal y grito de independencia. Un jefe de las primeras insurrecciones abortadas, que se había retirado hacia mucho tiempo á la isla de Zante, pero cuyo heroísmo había aumentado con los años y el destierro, Calatrani, cuyo padre, hermanos y parientes habían perecido bajo el acero de los turcos, había bajado otra vez al continente y organizado nuevas bandas de proscritos en las montañas. El arzobispo de Patras, Germanos, orador, pontífice guerrero, había convocado, en las cavernas del monte Erimanthe, á todos los jefes del clero para concertar con ellos la insurreccion de todas sus iglesias, mandando á todos los cristianos que se separasen para siempre jamás de los infieles y se

retirasen con sus sacerdotes, mujeres é hijos á las montañas, para organizar en ellas la guerra sagrada y precipitarse despues sobre los otomanos. A su voz pueblos y ciudades quedaron desiertos, admirados los turcos de su soledad atacaron algunas veces aquellos rebaños de hombres creyendo que volverian á la servidumbre, pero siempre fueron rechazados en las montañas y al fin espulsados de las ciudades donde reinaban la vispera.

La Macedonia, la Tesalia, el Epiro, la Acarnania, la Etolia, el Poloponeso, la Eubea y el Archipiélago, estaban trasformados en un campo de batalla por mar y tierra, que sacrificaba alternativamente á tiranos y esclavos. Contento Alí-Bajá con crear enemigos á sus enemigos, dirigió una proclama á los suliotes, á quien habia expulsado otras veces, restituyéndoles su territorio y fortalezas con cañones y municiones, para que combatiesen con él como aliados contra los turcos. Al aproximarse los aldeanos que por millares bajaban de las montañas, conducidos por sus sacerdotes y jefes, todas las ciudades se sublevaban y asesinaban á los turcos, encerrándolos en los fuertes, desde donde estos destruian y encendian los edificios. Los asesinatos y crímenes de la libertad igualaban á los de la tiranía. El Peloponeso no era mas que fuego y sangre, lo mismo con la cruz

que con la media luna; tres siglos de servidumbre acumulada se vengaban de tres siglos de opresion. Ambas razas y ambas religiones contaban tantos verdugos como víctimas. Europa se estremecia de horror al relato de aquellas llamas y de aquella carnicería. Dos razas, dos naciones, dos cultos se destruian en el mismo suelo, desde las olas del mar y las orillas de la isla hasta las cumbres del Pindo y de la Tesalia. Patras, Missolonghi se hundian bajo sus ruinas. El himno popular de la insurreccion y desesperacion, *la Marsellesa de la Cruz*, que escribió Thessalio Rhigas, resonaba en todas las montañas con los salmos sagrados del clero heleno.

« ¿Hasta cuando viviremos relegados en las rocas
« de las montañas, errantes en las salvas, escondidos
« en los centros de la tierra?... ¡ Sublevémonos! y si
« debemos morir que muera la patria con nosotros.
« ¡ Sublevémonos! la ley de Dios, la santa igualdad
« entre sus criaturas, ¡ he aquí nuestra causa, he aquí
« nuestros jefes! ¡ Juremos sobre la cruz romper el
« yugo que doblega nuestras cabezas!....

« ¡ Suliotes! ¡ y vosotros espartanos! salid de vues-
« tras cavernas, leopardos de las montañas, águilas
« del Olimpo, buitres de Agrafa! Cristianos del
« Sava y del Danubio, intrépidos macedonios, ¡ á las
« armas! ¡ Que vuestra sangre arda como el fuego!

« ¡Delfines de los mares! Alciones de Hydra, de Psara, de los Cielades, ¿ no os llevan vuestras olas la voz de la patria? Aparejad vuestros navíos, armaos del rayo, y tronar y quemar hasta la raíz el árbol de la tiranía; ¡ desplegar vuestras banderas y que la cruz triunfante sea en todas partes el estandarte de la victoria y de la libertad! »

A este canto del poeta nacional, los turcos lanzados de sus fortalezas, se encerraban en las últimas ciudades del litoral, cuyas fortificaciones les ofrecían un asilo, Tripoliza, Monembasia, Coron, Modon, Navarino. La capital de la Valaquia, Bucharest, caía en poder de Vladimiresco, tribuno de una demagogia cristiana, secundado por un puñado de albaneses. Demasiado vacilante, contemporizador é irresoluto Ipsilanti acampaba en las puertas de Jassy, capital de la Moldavia, perdiendo el tiempo en vanas negociaciones con los rusos, cuya autorizacion y socorros esperaba. Atacado en su campamento por los turcos, despues que pasó el primer terror de estos, sucumbió gloriosamente con los heteristas, buscando un refugio en el territorio austriaco, donde murió censurado por Europa y acusado de ambicioso por sus compatriotas.

Ni las censuras de Austria y Rusia, ni la derrota de Ipsilanti paralizaron el valor desesperado de los

griegos del Peloponeso y de las islas. En Valaquia y Moldavia, la política, el liberalismo y la ambicion habian armado á revolucionarios especulativos. En la Morea, en las montañas y en las islas, la religion, la raza, la patria y el fanatismo habian sublevado al pueblo, al mar y al mismo suelo. Aquella insurreccion no tenia mas fin que la victoria ó la muerte.

XII

El fanatismo de la religion, de la raza y de la patria no era ménos vehemente entre los Osmanlis, y estaban decididos á hacer aquella nueva conquista, isla por isla, pueblo por pueblo, de la tierra conquistada por sus antepasados y de la soberanía del islamismo. El sultan, si bien queria reprimir la rebellion, deseaba preservar á las poblaciones rebeldes de la ruina y de la muerte, pues el esterminio de seis millones de griegos, la riqueza y fuerza, era un suicidio para la Puerta; mas el pueblo y genizaros, cuyo furor y espanto no se creian seguros si no esterminaban á los cristianos, exigian del gobierno ejecuciones y barbaries proporcionadas á su terror. Los

suplicios diezmaban á Constantinopla, y los genízaros degollaban en vez de combatir. El terror pánico de los musulmanes animaba su ferocidad. No se hablaba en la capital mas que de la conspiracion universal de los cristianos para destruir á los turcos, y el miedo escitaba el delirio, y el delirio arrastraba á los crímenes. Decapitábase á los valacos y moldavos de las grandes familias establecidas en Constantinopla so pretexto de complicidad con sus coreligionarios. Los cristianos griegos abandonaban sus casas y bienes y emigraban á Odessa, y los que no podian huir se escondian en el fondo de sus habitaciones, temiendo escitar con su traje el furor del pueblo. Los de Bouyouk-Deré, ciudad pequeña á orillas del Bósforo, á algunas leguas de la capital, eran pasados á cuchillo por las tropas que marchaban á Valáquia contra Ipsilanti, los cuales no querian dejar enemigos á retaguardia. Constantinopla renovaba con el mismo delirio de miedo y venganza, los asesinatos de Paris de setiembre 92. Ambos climas veian iguales crímenes.

El populacho de la capital inmola á todos los cristianos que encuentra en los caiques que llevan de una á otra orilla á los traficantes de las dos poblaciones que reunen las mismas murallas, y el gobierno no consigue restablecer el orden sino entregando él

mismo á la cuchilla de los genízaros trescientas cabezas sospechosas ó inocentes de las principales familias griegas de la ciudad. Los dervises, verdaderos profetas del populacho, predecian el próximo esterinio de los musulmanes por los infieles, el divan ordenaba el suplicio del príncipe Morouzi, drogman del ministro de negocios extranjeros, acusado de haber recibido una carta de Ipsilanti, rodando su cabeza á los piés del sultan. El patriarca griego, Gregorio, anciano de ochenta y cuatro años, fué preso el dia de Pascuas, vestido de su traje pontifical, al bajar del altar y ahorcado en la puerta de su catedral. Todos los jefes del clero griego de la capital, arrancados la misma noche de sus altares, eran inmolados en las gradas de sus iglesias, sin que los genízaros, que guardaban aquellos montones de cadáveres, permitiesen á los cristianos hacer los honores fúnebres á sus mártires. Despues de haber estado sus cuerpos espuestos tres dias en los patíbulos, eran entregados á las turbas famélicas de los judíos que los arrastraban al mar, y los mismos cuerpos arrojados despues por el puerto de Constantinopla y las aguas del Bósforo obstruian los muelles de la ciudad. En los bazares se vendian á pública subasta las familias de los ajusticiados, las mujeres é hijos de los proscritos; en fin, llegó á deliberarse en el divan so-

bre la degollacion general de los griegos, Negóse á ello el sultan y aun destituyó al gran visir para lavar á los ojos de las potencias cristianas á su gobierno de los crímenes cometidos. Europa contemplaba y se estremecía, pero ninguna potencia abogaba aun abiertamente por la causa del cristianismo, confundida con la de rebelion en el imperio, y Mahmoud armando su flota y confiándola á su gran almirante Kara-Ali, hijo de un molinero de Trebisonda, le recomendaba que *trajese las cenizas del Peloponeso calcinando sus montañas.*

XIII

A los asesinatos de Constantinopla, á las amenazas de un desarme general, á la salida de la flota turca, todas las islas del Archipiélago habian contestado armando los numerosos navíos con que su comercio cubria los mares. Hydra, la mas pobre en tierra, pero la mas floreciente en tráfico y riqueza de aquellas islas, habia reunido, con solo los donativos gratuitos de sus ciudadanos una flota capaz de rechazar á la del imperio. « Hydra no tiene campos, »

cantaban sus marineros, « pero tiene navíos; el mar es su surco, sus marineros son sus labradores; con sus rápidas velas, Hydra siega en Egipto, coje su cosecha de seda en Provenza y vendimia en las costas de la Grecia. »

Tombases, marino intrépido que mandaba el *Temístocles* fué nombrado gran almirante de los insurrectos y con la flota de Psara, unida á la suya, purgaba el mar de los buques de guerra turcos aislados, é imitando las atrocidades de los otomanos, ahogaba ó vendia á pública subasta, como esclavos, á los prisioneros ó pelegrinos turcos que cogia en sus buques. Ambas flotas exigian que la isla opulenta y populosa de Chio se declarase por la causa de la patria comun, mas, debilitada esta por su prosperidad y siendo la primera que estaba opuesta por su situacion á la venganza de los Turcos, no solo se negaba á entrar en la alianza, sino que enviaba una diputacion de ancianos para pedir al divan fuerzas con que defenderse contra sus compatriotas; el divan los conservaba en rehenes, castigándoles así por su fidelidad á la tiranía. Naxos, Andros, Paros, Miconi, y casi todas las islas respondieron al grito de Psara é Hydra é inmolaron á los otomanos.

XIV

Mientras tenían lugar estos combates y asesinatos recíprocos en todas las aguas y orillas del mar Egeo, Kourchid-Bajá, á la cabeza del ejército otomano del Epiro, bloqueaba con la mitad de sus tropas á Alí-Bajá en su capital, combatiendo con la otra á la insurrección del Peloponeso. En un asalto desesperado, el viejo Alí, que se hacia llevar en una camilla sobre la brecha, despues de haber triunfado le envió sus prisioneros, diciéndole: « Todavía vive el oso del « Pindo; puedes mandar por tus muertos para enterrarlos; y lo mismo te concederé siempre que « me combates noblemente, pero dos hombres pierden á Turquía, y no tenemos remedio. »

Seguro Alí de la fidelidad incorruptible de sus soldados y de la solidez de sus fortificaciones, parecia contemplar con estóica indiferencia el fuego que devoraba ambas poblaciones, sin amenazarle á él, esperando el éxito de una ú otra causa para declararse. Su hermana Chainitza acababa de morir, pero la bella y jóven griega Vasaliki, á quien habia aban-

donado su corazon, le consolaba de la vejez y de la tiranía con ese amor que, como el heroísmo á los años, sobrevive entre las fuertes razas del Oriente. Poco á poco sin embargo se vió obligado á abandonar su palacio fortificado y su capital por los asaltos continuos y las considerables fuerzas de los otomanos, retirándose á su castillo del lago de Janina. Rodeado allí de las olas, fortificaciones y cañones que le hacian inespugnable, vivia en las habitaciones que estaban á prueba de bomba pisando los tesoros que llenaban las bóvedas del palacio, servido por esclavos fieles, defendido por mercenarios decididos, amado por una mujer virtuosa y tierna, resuelto á morir combatiendo ántes que capitular con su fortuna. A menudo contemplaba sus provincias y su ciudad que surcaban sus enemigos, y esperando reconquistarlas pronto, cañoneaba como por distracción sus campamentos y reductos, satisfaciendo además su corazon y su brazo con salidas victoriosas sobre sus cadáveres. Así se acercaba al término de su vida, ocultándose la muerte detrás de la fatalidad, la gloria y el amor.

XV

Sin embargo el nombre de la Grecia, especie de religion de la imaginacion para los letrados de Europa, la conformidad del culto, parentesco del alma entre los hombres, los triunfos aumentados por la fama de aquellos dignos descendientes de los Milciades, Leonidas, Temistocles, Botzarís, Canarís, Colocotroni, Mauromichalis, los Tombases, las odiseas, los combates transformados en martirios, los ecos sonoros de aquella tierra clásica de los recuerdos, en la cual cada piedra tiene la inmortalidad en su nombre, los relatos casi fabulosos de las victorias que turbas de pastores obtenian contra los ejércitos de un imperio poderoso, y de las flotas del nuevo Jerjes, incendiadas por barcas de pescadores, las devastaciones territoriales, las inmigraciones en Morea, la degollacion de provincias enteras, los incendios de las ciudades, los prodigios de ferocidad por una parte y de intrépidez por la otra, cuyas noticias traídas por buques, poetizaban aquellalucha desesperada entre cris-

tianos y otomanos, popularizaban cada dia mas la causa de la independenciam griega en Europa. Todos los corazones asistian con admiracion, simpatía y horror á aquel vasto combate de circo, donde libertad y cruz, abatidas ó triunfantes alternativamente, dejaban luchar en presencia de un mundo cristiano las dos causas y los dos cultos que se disputaban la extremidad oriental de Europa.

La opinion pública, que no tiene mas política que su emocion y piedad, como las multitudes, respondia á cada palpitacion de la Grecia con un grito de indignacion contra sus verdugos, de entusiasmo en favor de sus mártires. La causa de la independenciam americana, en 1785, no habia apasionado nunca tanto á Francia, como apasionaba entónces la causa de los Helenos al continente cristiano. Este sentimiento, por decirlo así, individual, prescindia de los gobiernos todavia neutros é indecisos para dar á los Griegos aplausos, tesoros, municiones, armas, auxiliares. En todas las capitales se formaban juntas griegas que votaban subsidios, armaban navíos, reclutaban oficiales y soldados, publicaban periódicos, pronunciaban discursos, escribian poemas, y multiplicaban hasta para el pueblo las leyendas en honor de la causa popular. La literatura entera, expresion espontánea é irresistible de la generosidad inconsiderada y des-

interesada de los pueblos, se declaró, por una especie de tradicion filial hácia esos padres del pensamiento humano, por el partido de los hijos de Homero, Demóstenes y Platon. Simples ciudadanos, como el Sr. Eynard, de Ginebra, orgullosos por consagrar sus riquezas á la cuna de una nacion que todavía era indigente, y mezclar su nombre con las fundaciones de la libertad de un pueblo, prestaban millones al gobierno libertador. Intrépidos aventureros de Francia, Alemania, Inglaterra, cansados del reposo de un continente que nada ofrecia á sus brazos, fortuna militar ó gloria, como el general Fabvier, pasaban en barcos mercantes á las costas de la Morea, dedicándose á la vida nómada de los mainotas ó palikares, para enseñar la guerra y la táctica á los pastores. El mas eminente de los poetas modernos, lord Byron, sintiendo en su pecho un corazon tan heróico como su imaginacion, abandonaba en la flor de sus años y su gloria, las delicias y placeres de Italia y las lágrimas de una mujer adorada, para unir su nombre, su brazo, su fortuna, su muerte, á la causa desinteresada de la Grecia. Equipando un navío, reclutando y pagando sus tropas y prodigando subsidios á los tesoros de la insurreccion, encerrábase en la ciudad mas amenazada, instruíase en los combates é iba á morir por el glorioso pasado y el incierto

porvenir de un pueblo que ni siquiera conocia su nombre.

Finalmente, la oposicion á los gobiernos, que en todo pais constitucional adopta las causas, no porque son justas sino porque son populares y hostiles á los gobiernos, hacia resonar todas las tribunas de entusiasmo por los griegos, de imprecaciones contra los otomanos, de desprecio por la indiferencia de los soberanos que abandonaban las razas cristianas al hierro y fuego de los musulmanes. Los mismos hombres que habian rechazado con tan severa elocuencia las doctrinas de la intervencion contra-revolucionaria en España, justificaban con igual acento la intervencion revolucionaria en Morea, el mismo Chateaubriand, que habia consumado la intervencion española, enemigo entónces del ministerio, y atacando á M. de Villele de todas maneras, presentaba proposiciones en la tribuna de los pares para intervenir en los negocios de Grecia.

XVI

Francia se pronunciaba por sí misma ántes que su gobierno. El primero de sus soldados que llevó su

nombre, táctica y empleo á los insurrectos de la Achaia, fué el general Fabvier. Apénas volvió de la malograda tentativa insurreccional que ejecutó sobre la Bidasoa, á la cabeza de un puñado de emigrados franceses, se dirigió á Grecia. Su carácter aventurero y activo buscaba por do quier peligros y gloria. Su sed de justicia le llevaba á todos los puntos del universo, y si bien no detestaba á los Borbones, impacientábase el recuerdo de su patria por ellos conquistada, culpándolos así por un infortunio nacional del cual eran inocentes.

Fabvier habia pertenecido en sus primeros años á nuestra embajada en Persia. Favorito del schah de Persia é instructor de sus tropas, habia residido muchos años en su capital. Como habia dejado muchos recuerdos en Ispahan, resolvió recurrir á la hospitalidad y favor que le dispensaban en la córte de Iran; mas habiendo abordado en la Morea el barco que le llevaba á Constantinopla, fué seducido por aquella guerra y la admiración que le inspiraban los triunfos de aquellos pobres pastores, renunció á la Persia, incorporándose sin grado ni sueldo en la causa de los débiles, en medio de los cuales vivia en las montañas, disciplinándolos é instruyéndolos en el arte de la guerra. En aquella época fué cuando el sultan Mahmoud, habiendo llamado al auxilio del islamismo

en peligro al bajá casi independiente de Egipto, Mehemet-Alí, su hijo Ibrahim-Bajá, habia desembarcado en Morea con un ejército egipcio reconquistando á sangre y fuego la Morea al sultan. Napoli de Romania era la única que, colocada á la entrada de la llanura de Argos, en el fondo del golfo de Nauplia, conservaba una ciudad á la independenciam y un refugio al gobierno helénico. Fabvier la defendió con un puñado de héroes, y despues de haberlos instruido, obtuvo varias victorias bajo los muros de Argos, pasando de allí á Aténas y mezclando su sangre en Platea y Maraton con la de los descendientes de Epaminondas. Sus compañeros de armas le enviaron á Francia para solicitar el apoyo del gobierno francés, en nombre de la religion comun y de la humanidad, mas bien que de la política, y así pudo ver de nuevo á su patria. La antigua y natural alianza entre Francia y los sultanes, la política previsora que no permitía que los bárbaros arruinasen por sí mismo en Constantinopla la única fortaleza que protegía al Mediterráneo y Europa oriental contra ciertos desbordes; el peligro en fin de dar al gabinete de Petersburgo un aliado protector de todas sus ambiciones con un reino ó república griega, protestaban vanamente en los consejos de la fria diplomacia; mas felizmente la opinion pública vencía á la

prudencia humana, y M. de Villele, conociendo la imposibilidad de resistir á un arranque tan general del corazon de Europa, olvidaba las antipatías de Fabvier contra los Borbones y felicitándole por sus servicios personales, dejábale esperar, sino un concurso armado en favor de la independencía de la Grecia, cuando ménos la interposicion eficaz de Francia entre las víctimas y los verdugos.

XVII

Entretanto recibia la independencía de Grecia en Egipto el golpe mas terrible é inesperado. Alí-Bajá que impedia hacia tres años la irrupcion decisiva del gobierno otomano en Morea entreteniendo muchas de sus fuerzas, tocaba á su última hora. Un ejército de cuarenta mil hombres á las órdenes de Kourchid-Bajá le bloqueaba cada dia mas estrechamente en el castillo de Janina. Seguro Alí de sus fortalezas, de su guarnicion, y de un pequeño número de defensores desesperados, comprometidos todos ellos con él en su rebelion y crímenes, y sin mas perspectiva que el suplicio ó la victoria, miraba con indiferen-

cia las tiendas de campaña de sus enemigos en derredor de sus fortalezas, recibiendo, pero sin contestar, las balas de cañon que apénas lastimaban sus murallas. Solo una traicion podia vencerle y á ella recurrió la Puerta. El director de su artillería, Caretto, oficial napolitano, á quien habia salvado la vida en un momento en que los turcos iban á inmolarle, como espacion de las relaciones amorosas que tenia con una jóven musulmana, asesinada á causa suya á pedradas, desertó una noche del castillo del lago, bajando por las murallas con una cuerda que sujetó fuertemente á un cañon, pasándose al campo de Kourchid.

No solo privaba esta desercion á Alí de su mas hábil ingeniero, sino que informaba á Kourchid del secreto [de su debilidad. Descontenta una parte de la guarnicion por la ingrata avaricia de Alí, se retiró de los fuertes y la Puerta aprovechó el desaliento de los sitiados para abrir con su anciano jefe una de esas negociaciones, verdaderos preludios de muerte para los sublevados que las aceptan. Entre las proposiciones que Kourchid hizo á Alí, garantizábale, como recompensa de su sumision y arrepentimiento, la vida, la libertad, sus mujeres, sus tesoros, su título de visir y un destierro espléndido, con su familia, en una comarca del Asia-Menor. Una vez acepta-